

tan. Hay chapuzas que te salvan, por ejemplo, la de Tejero y sus compañeros en el asalto al Congreso. Esta vez la democracia no se ha salvado por sus propios méritos, sino merced a la mala dinámica de ese chusco engendro de golpe de Estado. Creo que las personas más recalcitrantes de extrema derecha con un mínimo de estética, al margen de sus convicciones, se sienten íntimamente avergonzados de aquel espectáculo embarullado, garrulo y precipitado.

La chapuza puede operar por deducción o por inducción. No se sabe si la chapuza general, que ha informado la actuación histórica de las altas esferas, va cayendo en cascada a través de ministros, subsecretarios, directores generales hasta desembocar en constructores, contratistas, comerciantes y albañiles o es esa rutina diaria en que el ascensor no funciona, el cerrojo se te queda en la mano, el alero se cae, la grúa aplasta al coche, la cañería revienta, la ventanilla no sube y el tabique se viene abajo, lo que va creando un tejido social que, a su vez inspira la desidia del funcionario, el bebedero de patos de la Administración, el descosido político y las leyes más insignes. Tal vez el español tenga el riego sanguíneo demasiado rápido, una circulación violenta que estrella las ideas contra los parietales. De hecho el lento amor a la obra bien pensada, bien acabada es entre nosotros un lujo de artesano medieval, algo que sólo se conserva en las viñetas de xilografía. Este país ha sido grande en algunas chapuzas geniales. En ciertos momentos estelares el arrebató ha dado en la diana. El resto no es más que un acta sanguínea de pequeñas e incontables chapuzas, ahora invadidas por el plástico. ■ M. V.

CHAPUZOCRACIA

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

EN algún momento de su larga labor presidencial el primer presidente democrático y constitucional después de 40 años autoritarios, Adolfo Suárez, empleaba un símil para intentar definir la tarea política que llevaba a cabo desde que Dios tuviera a bien llevarse al otro mundo al anterior Jefe del Estado: más o menos el dirigente de la reforma política decía, no es una cita textual, que equivalía a una casa que cambiara la instalación eléctrica, sustituyera la red de cañerías, pintara los muros y paredes al mismo tiempo que continuaran funcionando la luz, los grifos y habitara el propietario o un inquilino en ella. Quizá esta analogía metafórica del señor Suárez sea la mejor definición que exista sobre la concepción chapucera de la política, ampliamente desarrollada en la práctica por él mismo y por la casi totalidad de los líderes políticos, que desde la derecha o desde la izquierda colaboraron con él en lo que describía; a los seis años de este ejercicio no profesional de la actividad política las bombillas están fundidas, los grifos no funcionan, las paredes se caen y el techo amenaza con venirse abajo.

Con la excepción de tres textos y media docena de políticos todo cuanto se ha hecho a lo largo del último quinquenio democrático ha estado presidido por tal visión de la función política; más aún, esta concepción de la política ha sido glorificada, desde un lado y otro de los escaños parlamentarios, como una hábil muestra de la habilidad y olfato político del «condottiero» de turno. Al margen de la Constitución, la ley de divorcio y la reforma fiscal; al margen de la jefatura del Estado, del propietario de la expresión derecha civilizada, del heredero de Azaña y de los exponentes del nacionalismo catalán, el resto de las medidas políticas y de los políticos han caído en esta tentación permanente o coyuntural. La rivalidad política, teñida de un electoralismo y politiquería de la peor especie, se ha transformado en una carrera por ver quien ascendía más rápido y de la

peor manera en la cúspide política; tanto en el plano general de la política como en el particular de los partidos políticos.

Alarmante constatación que hay que acompañar de otra, para ser justos y ecuanímenes, que la matiza extraordinariamente: nuestros políticos no son, en su mayoría, más o menos chapuceros que la generalidad de la sociedad española. En su descargo, y sin intentar hacer de abogado del diablo, hay que decir que la política en última instancia no es más que el reflejo político de la global chapuza nacional en la que están inmersas las clases sociales de nuestro país. Las mismas excepciones que señalábamos reflejan, asimismo, que existen núcleos en nuestra sociedad que tienen una concepción profesional de la actividad económica, social o cultural. Si reluce más el engendro político se debe a las características un tanto singulares de quienes hacen de la política su medio de vida: «es cangrejo porque se vuelve atrás de sus mismas opiniones francamente; abeja en el chupar, reptil en el serpentear, mimbre en lo flexible, aire en el colarse, agua en seguir la corriente, espino en el agarrarse a todo, aguja imantada en girar siempre hacia su norte, girasol en el mirar al que alumbra.» (Larra).

Una cronología inquietante

Antes de que muriera el general Francisco Franco, las vísperas de la normalización democrática apuntaban un síntoma no muy alentador para el nuevo sistema que estaba a punto de nacer: la transición política en lugar de estar presidida por quienes habían protagonizado desde la derecha o desde la izquierda la lucha por las libertades democráticas, la denominada derecha civilizada o el partido comunista, iba a ser dirigida por quienes se habían transformado en demócratas o en oposición de izquierdas realmente activa en la hora veinticinco de la dictadura. No es que de haber ocurrido lo contrario se hubiera evitado la tentación, a la vista está cómo



CHAPUZOCRACIA

uno de estos dos desplazados en la lucha por la hegemonía en el cambio ha caído en ella, sino que la falta de profesionalidad política democrática iba a generar un desarrollo alarmante de estas prácticas en la vida política española.

A partir de ahí todo fue coser y cantar en este fácil ejercicio: desde la misma salida de la dictadura, donde el arte alcanzó sus más altas cumbres, hasta la presentación de una moción de censura parlamentaria, la más torpe de cuantas se hayan podido cometer en cinco años, pasando por líneas políticas partidistas que pretendían encerrar en un «sandwich» a éste o aquél partido político o tácticas políticas que buscaban bloquear al nacionalismo periférico por las buenas de las autonomías para todos o las malas de la LOAPA, no se sabía muy bien donde empezaba un político y terminaba un chapucero. Error tras error que desembocan en un intento de golpe de Estado; afortunadamente el telón de fondo nacional también alcanzó a la puesta en marcha de la tentativa golpista y el 23 de febrero de 1981 quedó en un trabajo mal hecho de la subversión de los golpistas.

Cronología inquietante que no finaliza esa fecha sino que, desgraciadamente continúa: un Gobierno débil que desconoce la gravedad de las amenazas que penden sobre las cabezas de los demócratas; una oposición que rehúsa jugar su papel paralizada por el peligro que antes igualmente desconocía; unos ayuntamientos de izquierda que oscilan entre la incompetencia y el navajeo político entre sus componentes: la experiencia del 23-F no ha disminuido la tentación, al contrario la ha incrementado considerablemente. No se busca, al menos hasta el momento, sortear la conspiración subversiva desde un enfoque profesional sino desde una perspectiva opuesta; se vuelve a incidir en el error que facilitará la tarea política a los enemigos de la democracia.

«Mea culpa» colectivo y particular

Este reincidir antes en y después de la tentativa de golpe de Estado, obedece —siempre sobre el escenario glo-

bal de la sociedad española— a causas objetivas y causas subjetivas; es decir, hay las que responden a un «mea culpa» colectivo y las que responden a un «mea culpa» particular: todas las fuerzas políticas y sociales participan en la responsabilidad de las primeras, pero no todas tienen por qué responsabilizarse de las segundas.

Obviamente sería injusto cargar sobre un partido u otro, sobre un líder de derecha o de izquierda, la culpa por la forma en que el país salió del régimen anterior; aquí la chapuza no era más que la expresión de un empate en la correlación de fuerzas sociales; ante la imposibilidad de abrir un cauce político normal, la apertura de un proceso constituyente sobre la base de un gobierno provisional, hubo que recurrir —volens nolens— a la técnica chapucera. La reforma política, en lugar de la ruptura, y el particular periodo seudoconstituyente, en sustitución de un proceso constitucional, era el recurso que la sociedad española tenía a manos para salir del callejón sin salida en el que había desembocado la pugna entre los rupturistas y los reformistas. Aquello era inevitable y más de uno, aunque no más de media docena, tuvo que resignarse al triste oficio de chapucero político.

Pero ahí acaba el «mea culpa» colectivo: el resto tiene nombres y apellidos concretos y sonantes. No reflejan unas tablas en la lucha sociopolítica sino una ausencia de profesionalidad en una nueva clase política que emerge después de 40 años de vacío democrático: los aprendices de fontaneros en la política autonómica han sido centristas y socialistas; los aprendices de electricistas en los municipios de izquierda han sido socialistas y comunistas; los aprendices de brujo en la subestimación del golpismo han sido los centristas; los aprendices de pintores en los partidos políticos han sido quienes en todos los colectivos se han preocupado más por renovar la fachada que por reformar democráticamente el local, etc.

«Establishment» chapucero

Todo ello ha creado, sobre todo después de un quinquenio de prácticas de tal tipo, una clase política diestra en

este oficio: hay ya verdaderos profesionales que han llegado a identificar la política con este viejo arte. La ausencia de profesionalidad política es tal, en la mayoría de quienes viven de y para la política, que el amplio desarrollo de las técnicas que comentamos ha creado la nueva profesión de los chapuceros; que rehúsan dejar su sitio a los escasos profesionales de la cosa pública, que también los hay, y sobre todo impiden que el sistema democrático pueda remontar el vuelo después de haber sido tocado de ala por la escopeta nacional del golpismo.

Ahí están, todavía a estas alturas, quienes trabajan lo suyo y lo ajeno para que Unión de Centro Democrático no se reencuentre con sus bases sociales acabando con ese peligroso divorcio entre la derecha social y la derecha política; ahí están quienes persiguen hacer del PSOE un permanente Sagasta colectivo que arroje al basurero de la historia toda la tradición socialista de este país o quienes no quieren que el PCE continúe existiendo como partido político para convertirlo en unas siglas fantasmales. Toda una «chapuceroocracia», que abarca desde la derecha a la izquierda, que es el mayor peligro para la democracia, mayor aún si cabe que el golpismo porque minan el porvenir y la credibilidad de las formas democráticas desde el interior del sistema de libertades públicas.

Y es que una cosa es que hayamos tenido que pasar por ellas, en virtud de datos objetivos y de notorias insuficiencias subjetivas, y otra muy distinta que se haga de ella una virtud; una cosa es haber caído de vez en cuando en este nefasto vicio y otra muy distinta es instalarse en él. Si se instala la hegemonía de estos seudopolíticos, la democracia estará herida de muerte; es imposible desterrar esta práctica, mientras a su vez no desaparezca del horizonte nacional, pero si es posible lograr que no presida la actividad pública. Que durante la coyuntura de la transición haya sido necesaria, aunque no en el grado y en la extensión que alcanzara, no debe derivarse la conclusión de su permanente estructura en el quehacer público. En esta confrontación, hacerla retroceder o no, le va la vida a un sistema democrático tan frágil como el español; la consolidación de la democracia sólo será posible desde una visión profesional de la política. ■ F.L.A.